



REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de ceremonia

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — El martirio de la belleza, por F. A. — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (*continuación*). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de ceremonia. — 4. a 6. Varias blusas otoñales. — 7. Trajes y delantales para asistir a las clases. — 8 a 10. — Trajes de luto. — 11 a 13. Trajes para la primeras reuniones de Otoño.

HOJA DE PATRONES NÚM. 804. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 804. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de tarde.

chaleco de pana de color verde almendra, lo mismo que el cinturón, adornado con una hebilla de joyería.

III. *Blusa* de charmeuse azul nattier; el delantero del chaleco, el coselete y las vueltas de las mangas son de terciopelo a cuadros azules y violeta, cuello desprendido. Un gran botón de amatista cierra el chaleco.

7. TRAJES Y DELANTALES PARA ASISTIR A LAS CLASES.

Los trajes con que vestiremos a nuestros niños para ir a la escuela deben a ser posible estar exentos de adornos complicados. Busquemos, pues, las líneas sobrias y telas prácticas.

Empecemos por el I *traje* un modelo encantador, coquetón en su sencillez; puede hacerse de terciopelo de lana o de tela esponja color de kaki, un cuello bordado muy sencillamente, colocado sobre el vestido y por consiguiente muy fácil de lavar

II. *Traje de luto riguroso* de cachemira de seda, cuello montante y pequeña pañoleta de velo de seda negro, falda completa de crespón y larga túnica formando picos orlada de crespón. Sombrero y largo velo de crespón, bordeado de perlas de madera.

III. *Traje de luto* para señorita, de gabardina, falda completamente plegada por detrás y pequeño delantal adornado con botones en el delantero. Cusillo de organdí blanco. Sombrero de otomán negro guarnecido de un grupo de rosas blancas con follaje negro.

II a 13. TRAJES PARA LAS PRIMERAS REUNIONES OTONALES.

I. *Traje* de terciopelo inglés de color gris nube, con cuello, parte inferior de las mangas y borde de falda de terciopelo liso del mismo tono. Cinturón botones y orlas del cuello y solapas de raso de color de violeta. Este traje puede confeccionarse en negro y en blanco. Sombrero de fieltro blanco.

II. *Traje* de tarde de gabardina azul marino, cuello y chaleco de terciopelo color de violeta con grandes motas azules. La falda forma una larga túnica, tan en boga esta temporada.

III. *Traje* de tafetán negro, falda formando larga túnica ligeramente fruncida sobre las caderas. Cuerpo ablusado muy flojo, adornado con un cuello de linón muy fino de color crema orlado por una tira de terciopelo negro. La presilla de las mangas y el cinturón son también de terciopelo negro.

CRÓNICA DE LA MODA

El emperador de Rusia ha hecho el valioso obsequio de un rebaño de *ovejas karakul* al presidente de la República Argentina. Las *ovejas karakul* son originarias de los Montes Urales y proporcionan a los habitantes de aquellos lugares los más halagadores rendimientos por sus pieles tan solicitadas como escasas.

El renombrado astrakán, utilizado para adornos y manguitos de señora, se saca de las pieles de estos animales, que comienzan a ser escasos porque en aquellas regiones asiáticas no se dedican con empeño y cuidado al cultivo del precioso animalito.

El ministerio de Agricultura de la Argentina está procurando actualmente la propagación de la especie *karakul* con la más solícita actividad en las regiones más propicias a su desarrollo.

Ya se ha empezado el cruzamiento con razas del país, y los primeros resultados han respondido a las lisonjeras esperanzas que sobre esta nueva industria se abrigan.

El país de origen de los *karakul*, según los datos que para el caso se han aportado, es seco, pedregoso, accidentado, de pastos secos naturales, clima frío ligeramente, donde son abundantes las gramas y pajas diferentes.

El color de las pieles es negro pronunciado y sedoso. Cuanto más tierno es el animal, la piel es más valiosa, y así, los que están en el vientre de la hembra resultan los más caros, porque es preciso sacrificar a la madre para aprovecharse de la piel de los hijos. Esta circunstancia ha venido a perjudicar entre sus cultivadores la procreación de los *karakul*, pues muchos, por conseguir buenos precios, sacrifican a las madres preñadas.

Parece ser que no son delicados, y lo prueba el hecho de vivir en las montañas casi abandonadas.

La raza *karakul* es fecunda y se reproduce sin grandes cuidados ni gastos.

Una crianza como la de las *ovejas karakul*, sería, si se lograra su aclimatación en el país, una industria que, fomentada en un principio por el Estado, constituiría con el tiempo una positiva fuente de riqueza para el pueblo.

CONSEJOS ÚTILES

Está demostrado que las moscas diseminan en caso de epidemia los gérmenes patógenos; las moscas acarrear, como lo prueban Chantemesse y Borel, los vibriones coléricos y los bacilos tíficos. ¿Cuánto tiempo conservan el virus que transportan? Para investigarlo se han colocado algunas en frascos estériles; y las trompas y patas de las moscas que hacía diez y siete horas habían estado comiendo en cultivos de bacilos, así como sus intestinos, daban cultivos coléricos; únicamente las siembras hechas al cabo de cuarenta y ocho horas eran estériles; de donde se deduce que la propagación de los gérmenes morbosos epidémicos por las moscas es limitada, pues de ordinario no son agentes de transporte a larga distancia, salvo las que viajan en trenes o barcos.

La transmisión y propaganda del cólera se efectúa de tres modos diferentes: 1.º, por el transporte a largas distancias de



4 a 6.—Varias blusas otoñales

EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 804. — Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.

2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 802. — Diversos y variados dibujos. — Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3. FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de tarde, de terciopelo flexible de color azul Francia; el cuerpo graciosamente cruzado por delante, se termina, en la espalda, por dos caídas atadas muy por debajo de la cintura; la blusa es de velo de seda del mismo tono, guarnecida de finísimo encaje Malinas. Sombrero de pana blanco, forrado de terciopelo negro.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

I a 3. TRAJES DE CEREMONIA.

I. *Traje* de crespón de color de arena, con larga túnica formando puntas, cortada en forma. Cuerpo, formando chaquetita con pequeño faldón; mangas adecuadas. Chalequito de terciopelo listado de color violeta azul y amarillo, cuello de terciopelo negro lo mismo que las presillas adornadas con botones. Plegado de tul por el borde de las mangas.

II. *Lindísimo traje* de velo de seda azul real, larga túnica sobre una falda funda de charmeuse del mismo tono, adornado con ancha tira bordada de trencilla del mismo color. Cuello de terciopelo y rosa color de púrpura prendida en el talle.

III. *Traje* de terciopelo flexible color de palo de rosa. Falda adornada con volantes cortados ligeramente en forma, cuello y chaleco de encaje de Venecia, ancho cinturón y cuello de chal de terciopelo negro.

4 a 6. VARIAS BLUSAS OTOÑALES. Hemos reunido en esta página, tres lindísimos modelos de blusas a propósito para llevarlas bajo las chaquetas de sastre. Estos modelos ofrecen la ventaja de estar hechos con chaleco, y por esta particularidad se evita la doble complicación de una blusa y de un chaleco.

I. *Blusa* de terciopelo acostillado muy flexible, cerrada por delante con tres botones de cristal adecuados al tono de la blusa, cuello y cinturón-coselete de grueso otomán de color crema.

II. *Blusa* de tela ondeada gallo de roca, cuello montante y

y planchar, constituirá el único adorno: un cinturón de cuero negro ajusta el talle. Añádase sobre el delantero una pequeña *cordelera*, esos cordones que están hoy día tan en uso, adecuado al color del lazo de los cabellos de un bonito tono verde o violeta, por ejemplo, formando un conjunto elegante y sencillo.

Una de las más importantes cuestiones para ir a los colegios es la confección de los delantales. Primeramente, nada más práctico que los delantales negros; pero en realidad, a muchas madres no les gusta este uniforme tan severo y poco adecuado para las niñas; para resolver esta dificultad, véase los dos modelos de delantales negros representados por los grabados II, y III, llevados por dos hermanas mayorcitas. El primero es de tela escocesa: el delantero, plegado, está orlado de dos tiras bordadas con algodón lavable de color encarnado o azul nattier, a escoger; el delantal así adornado, aparece más ser un vestido, conservando siempre la cualidad eminentemente práctica que le distingue; el otro modelo es de raso de algodón negro, guarnecido de tiras listadas blancas y negras. Un cinturón que parte de ambos lados, queda anudado detrás.

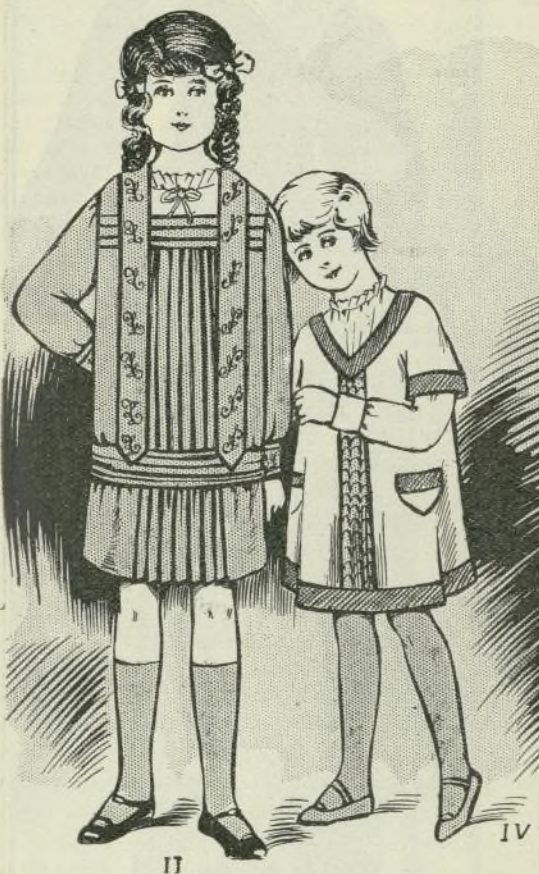
Para los alumnos más jóvenes que aun no se dedican a escribir con tinta, los delantales de hilo son los más apropiados, tales son los delantales de las señoritas Finita y Lulú (grabados IV y V) dos pequeñas novatas a las cuales se les va a inculcar las bellezas que contiene el alfabeto. Son encantadores estos delantalitos de hilo crudo, realizados por bordados multicolores; su hechura puede también convenir a niñas mayores, y para estar en casa nuestras jovencitas pueden usarlos parecidos. El calzado para ir a las clases han de ser sólidas botitas negras o amarillas que permitan afrontar la lluvia y el hielo, e indispensablemente con buenos caoutchouc.

Así equipadas nuestras niñas lucirán con una elegancia práctica y de buen gusto. Los sombreros deberán ser asimismo muy sencillos, de fieltro, guarnecidos, solamente, por una pluma cuchillo o una escarapela de raso.

8 a 10. TRAJES DE LUTO.

I. *Traje* de jerga de seda mate, cuerpo formando túnica sobre la falda; esta túnica está cortada de modo que caiga ligeramente voleada. Gran cuello de chal de crespón, lo mismo que los puños, el cinturón y el borde de la falda. Sombrero de la misma tela que el vestido, adornado con racimos de uvas, y follaje negro.

viajeros y de mercancías; 2.º, por la propagación de ciudad a ciudad; 3.º, por la diseminación de casa a casa y de individuo a individuo. A cada uno de estos modos de transmisión deben corresponder medidas profilácticas distintas, teniendo siempre en cuenta el hecho de que el cólera procedente de puntos con taminados no suele declararse sino a los quince, veinte, veintinueve o treinta días después de la salida de una escala donde reine la epidemia; que pueden hallarse en el organismo humano microbios patógenos que no se manifiesten sino al cabo de varias semanas, y que, por consiguiente, la policía sanitaria marítima se queda en muchos casos desarmada para combatir la propagación de la epidemia. Por eso nada debe descuidarse, y deben multiplicarse las precauciones, siendo una de las primeras el exterminio de las moscas.



II

IV



I

7.—Trajes y delantales para asistir a las clases

vechos es preciso que permanezca invariablemente joven y deseable, fuerza es a esta virgen irrisoria a esa mujer de corazón desflorado, a esa vieja verde, endosar los colores y la plástica de su papel.

La demasiado discreta inocencia no tendría atractivo suficiente para el papel de conquista que se

años fué lanzada en sociedad era ya una maestra. Entonces empezó la gran vida: barnizados, visitas, tes, conciertos, conferencias y bailes; luego el matrimonio, y desde aquel instante, libre de toda traba, el vértigo; ni un minuto de descanso; de la mañana a la noche en la brecha. Es un milagro que los nervios resistan aquel baile de San Vito.

Aquella figuranta se extenua y se marchita; desde su misma primavera ayudó a la naturaleza con sus cajas de lápices y de polvos y sus tarros de crema; pero aquello era un juego; después había que reparar los estragos de la fatiga, y aquello era ya otra



V

III

EL MARTIRIO DE LA BELLEZA

Una verdadera joven lleva su belleza—ha dicho Jorge Leconte en la *Revue Bleue*—como la flor que se abre en la alegría de una mañana de primavera; no ignora su belleza, pero no piensa en afilar ese arma de conquista. Más tarde, hecha mujer, es bella también con todo el esplendor que resulta del amor feliz; y transfigurada por las misteriosas felicidades que lleva en sí, no pide al pleno florecimiento de su belleza sino el ser largo tiempo el reflejo magnífico de sus profundas alegrías. Y por último, cuando las fatigas de la vida han empalidecido los encantos de la juventud y de la madurez radiante, la verdadera mujer se reviste de una sonriente y tranquila majestad, en armonía con la nueva etapa de su vida. Y como esta mujer, tan digna siempre en sus distintos papeles, no se cuidó jamás de hacer de su hermosura un medio de bullicio y de botín, no tuvo que recurrir a supercherías lamentables, y cuando más se ingenió en mantener su belleza con la mayor gracia posible en su natural brillo, y lo consiguió no entregándose a vanos trabajos de restauración, sino cuidando de su belleza moral; porque para conservar la carne firme, la mirada clara y la tez fresca, la única estrategia—que no se encuentra en las perfumeras ni se compra con dinero—es mantener intacta la juventud del corazón y la tranquilidad de la conciencia.

Pensad, en cambio, en la educación de las jóvenes nacidas en el artificio; la comiquería instintiva, desarrollada con el ejemplo y los aplausos de la familia; la ciencia precoz de la vida mundana, con las astucias e hipocresías puestas en juego para aprovechar bien todas las relaciones; el temprano despertar de las perversidades, que empañan la frescura del sentimiento, y de las coqueterías, que corrompen la gracia. Casi desde que viste de corto sabe todo eso, y a partir de aquel momento, hasta la extrema decrepitud, vive la misma vida de fiestas, intrigas, coqueterías y aventuras. Y como para reinar en los salones, para mantener su prestigio y sus pro-

le asigna; son precisos la pimienta y la violencia del artificio, la crema y los polvos en la tez, el toque sangriento en los labios, el paseo del lápiz en las cejas; luego, cuando el matrimonio haya venido a librar a nuestra joven de ciertas trabas de actitudes y palabras, es indispensable que la belleza se acentúe para asegurar el triunfo de la nueva casa, acreditar la importancia de su salón y afirmar el poder del hombre con quien se ve enlazada; para esto hay que prodigar su sonrisa, su hermosura, su gracia, aumentando todas las seducciones; la poca frescura que quedaba no tarda en marchitarse, y hay que suplirla con brochazos más vivos de bermellón o lapiceros más atrevidos de negro.

¿Qué ha de suceder con ese sistema de vida? La máscara de gracia, o de alegre picardía, o de elegante lascivia que cada una ha tomado, según sus circunstancias, y que se viene endosando desde hace años, acaba por incrustarse en el rostro, en los pliegues de los párpados, en las comisuras de los labios; la mueca que ha parecido graciosa, la sonrisa picaresca que ha tenido siempre éxito, se han prodigado tanto, que ahora nervios y músculos, ejercitados en este juego, lo recomienzan sin cesar y la carne lleva su marca, impresa para siempre; aquel risueño pliegue de la boca que se prolongaba como un trémolo de dicha sobre la curva deliciosa de la mejilla, se ha convertido, al cabo de veinte años de repetición, en un seco barranco que, entre dos promontorios granujientos, va a juntarse con las dos salientes de la barbilla; y la menor sonrisa, antes tan seductora, pone en relieve esta aflictiva topografía. ¿Qué gimnasia tiene que imponer a su cuerpo esa mujer para poder seguir desempeñando su papel!

Ahí tenemos a la señora Focinard, que se pavonea en sociedad desde los diez y seis años. A los tres comenzó a ostentar sus gracias en bailes de niños; luego, en visita o participando de los ritos del te, se ejercitaba en la mueca mundana, en la mímica del papel que le tocaba representar; perpetuas fiestas, antes de su entrada en el mundo, la adiestraron en el manejo de las paradas, y cuando a los diez y seis

cosa. ¡Oh terror de las digestiones penosas bajo la armadura del corse, con la rígida actitud de parada en la atmósfera asfixiante de los salones! Pero ¿qué hacer? Hay que dejarse ver, deslumbrar al mundo con su lujo, con su felicidad, con su éxito; si no, pronto es una olvidada. ¿Y cómo retirarse? Precisamente cuando se va a llegar a la cima! ¡En el momento en que el esposo alcanza las más altas posiciones y se tiene entre manos la pesca decisiva de una dote deslumbradora para el hijo o de un partido brillantísimo para las hijas! Sin contar con las delicias de aquella vida fastuosa... ¡Imposible! Sería condenarse a morir de espín y de tristeza después de haberse acostumbrado al vértigo de la vida del gran mundo.

Entonces es cuando la lucha por la belleza, graciosa en la primera juventud, pintoresca en los comienzos de la madurez, conmovedora y melancólica más tarde, se convierte poco a poco en drama punzante, acabando en bufonería siniestra y ridícula. Pensad en el mareo de la regordeta gatita golosa que quisiera relamerse con golosinas, y que se ve obligada para no engordar a refrenar su deseo. Pensad en la delgada, que, para no acabar de convertirse en un paquete de huesos descarnados y nervios convulsos, obliga a su estómago al suplicio de las harinas y de las féculas. La carne protesta contra los estrujones del corsé, que estrangula las vísceras; pero ¿qué importa? hay que comprimirla, apretujar bajo las ballenas esas entrañas que se lamentan, y disimular con una sonrisa la mueca del dolor que se siente para ofrecer al mundo que contempla una silueta de hermosura y de gracia.

¿Estáis cansada, soñolienta, y quisierais acostaros pronto? ¡Qué locura! Es precisamente la hora en que, bajo los reflejos de las luces, goza la mujer moderna de toda su seducción. Por apatía o por entorpecimiento o cansancio querríais pasar una mañana en la cama. ¡Imposible! Pensad que almorzáis fuera de casa, y que antes de eso, hacia las once y media, hay que dejarse ver en el Bosque de Bolonia, y que tenéis, además, que probaros un vestido, sin contar



8 a 10.—Trajes de luto

con los mil cuidados ordinarios de la casa, las tarjetas que poner, los billetes que escribir o que contestar, las llamadas por teléfono que atender o que hacer para mantener vuestras relaciones, y, sobre todo, las dos horas que necesitáis para el terrible combate que diariamente libráis en vuestro tocador para defender vuestra belleza. Porque antes, en la juventud, aquello no era más que un vistazo al espejo y cuatro pases ligerísimos: una torsión del sedoso moño, una caricia del peine a los ricitos, una cinta por aquí, un lazo por allá, una nube de polvo y la firma roja en los labios para llevar la marca de la época. Pero ¡ahora! Tinturas, masajes, elixires, pomadas, todo se necesita. Y lo peor es que la carne se venga de tales ultrajes, y se presenta seca, rugosa, granujienta y llena de manchas. Es aquello un duelo enternecedor, en el que hay que apresurarse a reír para no echarse a llorar.

Así la señora de Viravolta, cuya piel, tersa por diestros amasamientos y vivificada por misteriosos elixires, conservó hasta la muerte, ya que no el brillo, cierto recuerdo de juventud, nos ha asombrado con la defensa de su hermosura. Pero su doncella,

que se ha enriquecido en su servicio, y que se venga de medio siglo de campanillazos divulgando los secretos de su señora, nos ha contado así a qué costa prolongó su reinado esta víctima del placer y de la elegancia:

Tres veces por semana la señora de Viravolta corría misteriosamente a un salón de perfumería que, con el nombre de «Templo de Belleza», se abría en la calle de Taitbout. Allí tenía que codearse con todas las miserables víctimas del amor venal, con las cómicas y con las mujeres que iban en busca de una sombra de juventud para seguir gozando o viviendo. Llegada su vez, la señora de Viravolta se ofrecía llena de esperanza a todas las manipulaciones: sobre las hinchazones de su rostro paseaban botones eléctricos que, haciendo vibrar nervios y músculos, provocaban desopilantes muecas; luego, como sobre un camino destrozado, un rollo apretado con fuerza obligaba a meter en las arrugas los montículos de carne de los lados, y para consolidar estos trabajos de terraplén, la embadurnaban las mejillas con un emplastro de ocre que la ponía como una patagónica; para disolver luego aquella costra y rosear la

piel, llovían sobre la pobre señora arroyos de diabólicas mixturas, casi como las que sirven a los encuadernadores para colorear los cueros de las tapas; otro betún, de color de hez de oca, tenía por objeto atenuar la quemadura de aquel elixir; luego otra agua, parecida a gelatina de grosellas, barría a su vez aquella pomada verduzca; luego, so color de afirmar las carnes y borrar las arrugas, el alquimista bañaba el rostro de la paciente con diversas lociones, a cuál más costosas: una dorada que olía a limón, otras rosadas con perfume de madreselva. Y al cabo de dos horas de tratamiento y después de haber pasado por todos los colores (amarillo rojizo, azul, hez de oca, grosella, verde botella, amarillo limón y rosa), la señora Viravolta se encontraba encantada de verse con su propia piel y su verdadero color.

¡Y pensar que en todo ese gran mundo hay cientos y miles de mujeres que se someten a la repetición diaria de ese espantoso tormento! Cuando se las ve pasar deslumbradoras, radiantes bajo las luces y desbordando vida, juventud y alegría en la eléctrica atmósfera de placer de los salones, ¿quién puede pensar en que aquella espumosa cabellera do-



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Reproduction Prohibida

Montaner y Simon Editores Barcelona

XXIX-803

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

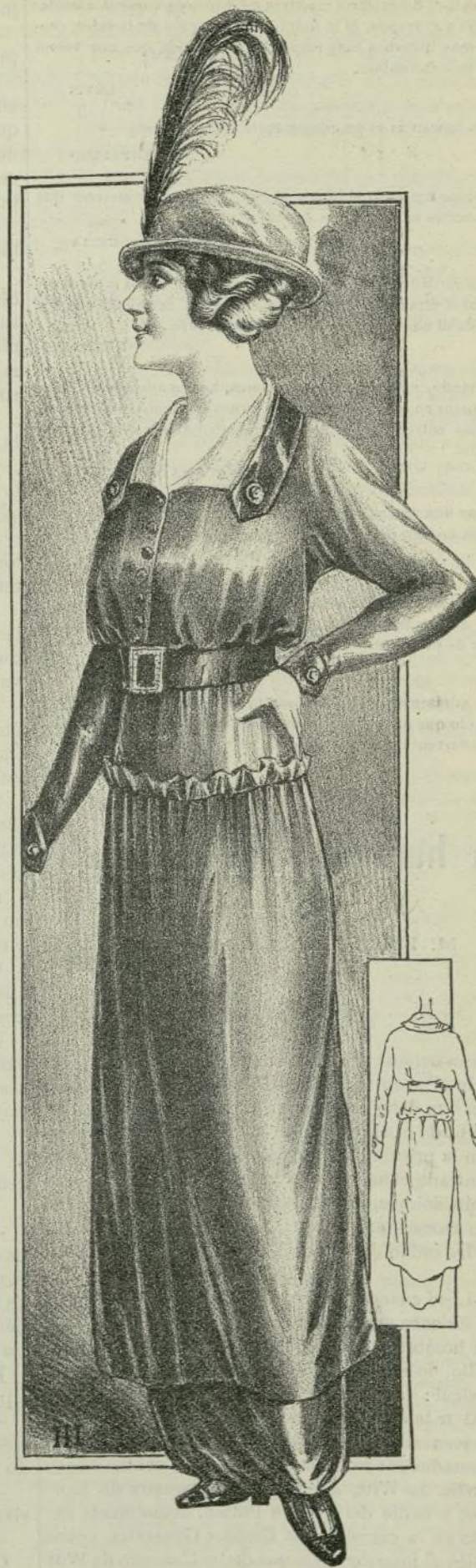
para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOZE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo



La "CRÈME SIMON", Es un producto maravilloso para el cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo à la "Crème Simon"

Ayuntamiento de Madrid





11 a 13 —Trajes para las primeras reuniones de Otoño

rada debe [sus efluvios de sol a las drogas, y que el brillo nacarado de aquel escote es resultado de un sabio trabajo químico, y que aquella nariz y aquella barba y aquellas mejillas han tomado la forma con que se nos presentan a fuerza de descargas eléctricas?

¡Cuánta energía, cuánta perseverancia consumidas en esa tremenda lucha de la mujer por conservar su belleza! Pero las pocas que, hastiadas de goces, se resignan a dejarse envejecer, ¡qué alivio deben sentir ostentándose felices, sonrientes y pacíficas como unas ruinas al sol!

F. A.

PENSAMIENTOS

De todos los defectos vergonzosos, la mentira es quizá el más vil. En ciertos casos es el fruto de la adversidad y del vicio, y en muchos otros el resultado de una cobardía moral.

SMILES

La mentira es una fea debilidad.

SILVIO PELLICO

La falsa modestia es la más decente de todas las mentiras.

CHAMFORT

La conciencia del hombre sólo descansa en la verdad: el que miente, aun cuando no sea impugnado, encuentra en sí mismo el castigo, pues siente que falta a un deber y que se degrada.

SILVIO PELLICO

La mentira es un arma de doble filo, y pronto o tarde se hierne con ella el que de ella se sirve.

DEFLORTE

La exageración es la mentira de la gente de bien.

DE MAISTRE

El mundo, con ser tan mal juez en lo demás, no lo es de todo punto con el mentiroso, porque en vida le impone el castigo que merece; pues en vano se vale de juramentos para que le crean aquellos con quienes habla, puesto que la verdad es sospechosa en sus labios.

OXENSTIERN

La equidad natural es aún más justa que las leyes.

E. LECKZINIKI

Lo que a uno puede acontecer, puede acontecer a todos.

SÉNECA

Ya que la edad disminuye nuestros atractivos dejando cada día más al descubierto nuestros defectos, y ya que la consideración y el respeto es la única indemnización de la vejez, procuremos hacernos más respetables a medida que nos volvemos menos amables.

LÉVIS

La inocencia es un crimen entre los culpables.

SAN CIPRIANO

Duran tan poco el bien y el mal, que casi no merecen que un hombre se alegre o se entristezca.

CRISTINA DE SUECIA

Lo verdadero, lo bello, el bien, no tienen por sí mismos suficientes atractivos para no necesitar una autoridad que les mande ni una recompensa que les acompañe.

RENAN

Cuando, merced a nuevos dolores, hemos adelantado algunos pasos en el camino del bien, no nos es permitido quejarnos. Se nos entrega un capital, no reembolsable; pero de renta segura.

MADAMA SWETCHINE

Hay una verdad eterna que nos enseña que la piedad e inocencia no siempre hallan su recompensa en este mundo.

SHAKESPEARE

El mejor medio de encontrar el bien es hacerlo sinceramente; y no puede buscarse así largo tiempo sin remontarse al autor de todo bien.

J. J. ROUSSEAU

Si mirásemos y tanteásemos lo que mira a nuestro bien, como lo que mira a nuestro mal, no caeríamos en tantos daños y desventuras como suceden.

VICENTE ESPINEL

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Continuación)

Pero penetremos en el interior de la cárcel, en donde el preso aguarda con una calma estoica el juicio que debe terminar su causa. A cosa de la una de la tarde el escribano de los Estados había entrado en la prisión de Cornelio de Witt, a quien había encontrado echado en un malsísimo colchón, sufriendo aún dolores, pero tranquilo y lleno de confianza en su inocencia.

—De orden del tribunal vengo a leerlos la sentencia.

—Leed cuando gustéis, contestó el gran bailío.

—Es cosa muy corta, como vais a ver.

El hombre de la ley sacó entonces un papel del bolsillo, lo desarrolló, y leyó con tono solemne lo que sigue:

«El tribunal de justicia de Holanda, habiendo visto y examinado los documentos que le han sido presentados por su procurador general, contra maese Cornelio de Witt, antiguo burgo maestro de Dordrecht y bailío del país de Putten, actualmente detenido en la cárcel de los Estados Generales, como también el interrogatorio que dicho Cornelio de Witt ha sufrido en el tormento; y habiendo examinado todo cuanto podía contribuir a aclarar el delito de que dicho Cornelio de Witt, era acusado, le declara exonerado de todos sus cargos y dignidades, y le destierra para siempre de las provincias de Holanda y de West-Frisse, sin que pueda jamás volver a ellas so pena de un castigo más severo, condenándole además en todas las costas del proceso.

«Así lo firmaron los señores Adan Paw, señor de Bennebroek, presidente. — Alberto Nicrop. — Guillermos Goes. — Federico Van Hier, señor de Zoetermer. — Cornelio Baan y Mateo Gol, consejeros del tribunal de justicia de Holanda y de West Frisse.»

—¿Y no tenéis nada más que notificarme?, replicó el gran bailío después de haber oído la lectura de la sentencia.

—Nada más.

—¡Pues bien!, si soy un asesino merezco la pena capital; si soy inocente debo ser puesto inmediata-

mente en libertad. Apelo de esa sentencia al consejo supremo de justicia.

—En ese caso, caballero, servíos escribir vuestra protesta al pie de este documento.

—¡Escribir!, dijo con amargura Cornelio de Witt enseñando al escribano sus manos mutiladas; ya veis que me es imposible hacerlo. Servíos hacerlo vos en mi nombre. Trataré de firmar si me es posible hacerlo, y ojalá pueda de este modo evitar una injusticia atroz.

Después de llenar esta formalidad, el escribano hizo un saludo y salió del calabozo.

El gran bailío volvió a quedarse solo; su rostro estaba aún muy pálido en fuerza de los dolores que sufría. Su traje era una bata de terciopelo negro, tenía las manos vendadas y estaba recostado en la cama sin acabarse de echar, porque en esta postura sufría menos.

Al lado de aquel miserable lecho había una mesita, y encima de ella una Biblia abierta.

Cornelio se quedó meditando un rato después de la salida del escribano; a poco rato, habiendo enjugado una lágrima que los tormentos no habían podido arrancarle, tomó como pudo el libro divino y leyó los siguientes versículos de Job que tanta analogía tenían con la posición en que él se encontraba:

«Si he vivido como un impío, desgraciado de mí; pero he obrado con justicia, y sin embargo, agobiado de aflicción y penetrado de mi miseria, ya no volveré a levantar la cabeza.

«Si yo la levantara, vos produciríais contra mí otros testigos, vos multiplicaríais los efectos de vuestra ira que me agobiarían alternativamente, y un ejército de males me sitiaría.

«¿Los pocos días que me restan no se acabarán bien pronto? Que Dios cese, pues de herirme, y que retire su mano de encima de mí, a fin de que yo respire un poco.

«Antes de que yo vaya a aquella tierra de donde no volveré, a aquella tierra cubierta de las tinieblas y de las oscuridades de la muerte...»

Cornelio de Witt estaba leyendo estos renglones, cuando la puerta de la prisión se abrió de repente y compareció en ella su hermano Juan.

—¡Santo Dios!, exclamó el gran bailío dejando caer la Biblia, y sentándose en el lecho con una expresión indefinible de terror... ¿Juan, qué vienes a buscar aquí?

—¿Qué estás diciendo, hermano?

—Sí, Juan; ¿qué me quieres?... ¡Dios mío! Dime pronto, ¿qué es lo que me quieres?

—¿Lo que te quiero, pobre hermano mío?

—Sí, acaba; dime sin más rodeos qué es lo que has venido a hacer aquí. ¡Desgraciado! ¿No consideras que nuestros verdugos están continuamente en acecho, y que esta cárcel está plagada de hombres que han jurado nuestra ruina? ¡Infeliz de mí! ¿Quieres exponerte a ser degollado por esos hombres?...

Juan de Witt, estupefacto, se iba poniendo pálido a pesar suyo.

—¡Infeliz!, dijo a su hermano al cabo de un rato, ¿cómo me preguntas lo que vengo a haceraquí, cuando tú mismo me has enviado a llamar?

—¡Yo!... ¡yo!... ¿Conque he sido yo quien te ha enviado a llamar?...

—¿Pues quién?... ¿No has sido tú?

Cornelio de Witt se quedó un rato pensativo sin hablar palabra; después juntando sus manos mutiladas y haciendo al mismo tiempo un gesto de horror y desesperación, exclamó:

—¡Ah!... Ahora lo comprendo todo, pobre hermano mío. ¡Somos víctimas de una intriga infernal!... ¡Sí, estamos perdidos sin remedio!

—Explícate por Dios, Cornelio. ¿Qué quieres decir con estas palabras? ¿Qué aprensión te ha dado?

—¡Pluguiera al cielo que lo fuese!... Pero en primer lugar, dime punto por punto qué es lo que ha pasado. ¿Quién ha ido a buscarte de mi parte?... ¿Qué es lo que te han dicho para obligarte a venir hasta este calabozo?...

—Escúchame con atención, hermano mío. Haré una hora escasa, estando yo afeitándome en mi cuarto, se ha presentado en casa uno de los carceleros y ha pedido que le introdujesen adonde estaba nuestra querida hermana.

—Señora, le ha dicho aquel hombre en cuanto la

ha visto, os pido las albricias debidas a todo el que da una buena noticia.

—¿Y qué noticia es la que tenéis que darme? Le ha preguntado Aurelia azorada. ¿Es concerniente a mi hermano Cornelio?

—Precisamente: el gran bailío, reconocido inocente, va a ser puesto en libertad.

«Al oír esto, nuestra hermana, ajena a toda idea de traición, ha subido corriendo a mi cuarto fuera de sí de gozo. Al oírlo, yo he corrido también como un loco a ver aquel hombre.

—¿Es cierto, le he dicho, que mi hermano no ha sido desterrado como se ha dicho públicamente?

—¡Desterrado! No he oído a nadie semejante cosa.

«Mi hermana le ha dado entonces tres monedas de oro, una por cada uno de nosotros. En seguida yo le he preguntado:

—¿Es esto todo lo que teníais que decirnos?

—No todo, señor excelentísimo, me ha contestado. El alcaide me ha encargado además que os dijese que vuestro hermano deseaba veros en seguida. Según dice, no quiere salir de la cárcel sino apoyado en vuestro brazo.»

—¡Infames!, exclamó Cornelio interrumpiendo a su hermano.

—¡Ah! se me olvidaba otra cosa. Según el dicho de aquel hombre, tú querías ver, no solamente a mí, sino también a nuestro amado padre.

—¡También querían atrapar en sus redes a ese venerable anciano! Comprendo perfectamente esta abominable política, reducida a acabar de un solo golpe con toda nuestra familia. ¡Malvados!... ¿Tienen acaso corazones de fieras?

—Como nuestro padre estaba fuera de casa, continuó Juan de Witt, no he querido que le fueran a buscar, y he tomado en seguida mi capa para seguir a aquel hombre. Entonces mi hija se ha arrodillado a mis pies y me ha dicho:

«—¡No vayáis a la cárcel, padre mío, yo auguro muy mal de todo esto! En primer lugar, es muy expuesto que salgáis de casa estando el pueblo tan alborotado, sobre todo cuando no se grita otra cosa que ¡Mueran los Witt! Además, debéis reflexionar que si mi tío Cornelio hubiese deseado hablarlos os hubiese escrito dos letras y no hubiese ido a enviar a un simple carcelero para que le creyeseis bajo su palabra.

«Yo he tratado a mi hija de visionaria y demasiado asustadiza, añadiendo, que si no me habías escrito consistía en que las heridas de tus manos no te permitían escribir; por más que mi hija me ha suplicado que, antes de dar un paso tan expuesto, enviase aquí a alguno a informarse de si era cierto o no lo que aquel hombre había dicho, yo no he querido hacerle caso. Heme aquí, hermano mío, convencido ya en este momento de que mi pobre hija tenía razón en oponerse a que yo saliese de casa.»

—¡Pobre niña!, dijo Cornelio... su corazón no le era traidor.

—¿Pero cómo has podido atravesar por medio del populacho?

—No hemos encontrado un alma, hermano mío. El carcelero iba unos cuantos pasos delante de mí, y me ha traído por varias callejuelas excusadas en donde no hemos visto a nadie. Luego me ha introducido por una puerta excusada que da también a otra callejuela, y como llevaba un manojo de llaves ha ido abriendo puertas sin dificultad hasta llegar a la de este calabozo.

—¡Ah!... ¡Demasiado bien concebido está el plan!... ¡Qué felicidad que nuestro padre no haya estado en casa cuando se presentó en ella ese malvado!... Sin esta casualidad, de que doy gracias a la divina Providencia, nuestros verdugos tendrían una víctima más que sacrificar.

—¡No!, eso es imposible, dijo Juan de Witt después de un momento de profunda meditación. El exceso de los dolores que acabas de sufrir te hace exagerar la crueldad de nuestros enemigos. Matar a dos hermanos que no han hecho otra cosa que servir y dar gloria a su país sería una cosa muy horrible. Por más animosidad que haya contra nosotros, los amotinados no pueden querer degollarnos aquí estando indefensos como nosotros lo estamos. El pueblo tiene a veces instintos generosos.

—Sí, sí, cuenta con los instintos generosos de lo que han dado en llamar pueblo, contestó Cornelio. ¡Hazte esas vanas ilusiones, que pronto te pesará! ¡El pueblo!... Ese monstruo de cien cabezas, ¿ha comprendido acaso otra cosa jamás, que la violencia cuando es amo, y el envilecimiento cuando es esclavo? Undía, fuimos sus ídolos tú y yo, otro día, y éste es el actual, somos el objeto de sus iras; él va a jugar con nosotros como el gato con el ratoncillo, y esto lo hará en nombre de la patria; mañana, se dejará imponer un amo que le tratará como a un animal de carga, y hará bien. ¡El pueblo!... ¡el pueblo! ¡No te hagas ilusiones por ese lado, pobre hermano mío!

—Pero el pueblo ha probado en Holanda que era amante de la libertad y que apreciaba a los buenos ciudadanos.

—Eso no es más que un juego de palabras, hermano mío. Sobre ese particular apelo al juicio de Oliverio Crómwell que se hizo demagogo para convertirse en tirano. Cuando este personaje hacía su entrada triunfal en Londres, poco después de la muerte de Carlos I, la carrera estaba cubierta de un gentío inmenso. «Mirad, le dijo el coronel Farfaix que iba a su lado, mirad cómo se apresura el pueblo a salir a recibirlos y cómo os admira y aplaude.—Pues todavía veréis acudir mucha más gente, si me llevasen a ahorcar, contestó Crómwell.» Este conocía bien al pueblo.

—No importa, hermano mío, el crimen de que hablas es imposible. Por otra parte, aun es tiempo de que escapemos de las manos de estos furiosos. Salgamos de aquí, Cornelio. Cuando supe que te hablaban desterrado, porque yo estaba escuchando desde la ventana de mi cuarto todo lo que se decía en la calle, dispuse que viniese un coche a buscarnos a una de las calles inmediatas a este edificio. El tiempo es precioso. ¡Levántate y vámonos!...

—Comprendo tu impaciencia, Juan, vete tú, yo te lo suplico: ponte en seguridad, supuesto que tu vida es tan preciosa para todos nosotros. En cuanto a mí estoy preso por los Estados Generales, y no puedo moverme de aquí.

—¿Cómo!... ¿Vas a quedarte en este calabozo?, exclamó Juan de Witt asustado. ¡Vas a permanecer aquí a pesar de cuanto te he dicho!

—¿Puedo yo acaso hacer otra cosa? Salir de aquí para ocultarme a la vista de mis jueces, recurriendo a la fuga, equivaldría a aceptar ese fallo inicuo e injusto que se ha pronunciado contra mí. Así es que permanezco para protestar de él hasta el último momento.

—Pero, Cornelio, tú no ves que estás incurriendo en una contradicción. Ahora mismo sentías que yo hubiese venido aquí, y me instabas a que me fuese inmediatamente, porque contabas que ambos estábamos perdidos sin remedio. Por última vez te suplico que salgas cuanto antes de este sitio. Reflexiona que cada minuto que pasa añade nuevas dificultades a tu evasión; no olvides tampoco que hay tramado un complot contra nosotros, y que quizá traten de asesinarlos en este mismo calabozo. ¡En nombre del cielo vente conmigo sin más dilación!

—Juan, respondió el bailío con enérgica dulzura; mi posición no se parece en nada a la tuya; es inútil que te empeñes en que te siga, porque no lo haré.

—¡Pero no ves que te pierdes, desgraciado!

—Al contrario, me justifico.

—¿Y tu mujer? ¿y tus hijos? ¿y nuestro anciano y respetable padre?

—Les quedará mi memoria pura y sin mancilla.

—¡Cornelio!... ¡hermano mío!... ¡Por amor de Dios, vente conmigo!

—Por última vez te suplico que no vuelvas a hablarme de semejante cosa.

—Pues bien, entonces yo tampoco me muevo de aquí...

Cuando estaban en esta disputa, se oyeron detrás de la puerta unos pasos pesados y acompasados, y el ruido de varios soldados que descansaron sobre las armas.

Los hermanos se estremecieron y se dirigieron una mirada imposible de describir. En seguida Juan de Witt se abalanzó hacia la puerta; pero estaba cerrada. Entonces llamó dando tres o cuatro golpes muy fuertes.

—¿Qué queréis?, dijeron con voz áspera.

—¿Por qué está cerrada esta puerta?, contestó en el mismo tono Juan Witt. Abrid inmediatamente... ¡Quiero salir de aquí!

—Tengo orden terminante de no permitirlo; replicó el mismo hombre que había hablado anteriormente.

—Y yo os mando que abráis, para que yo, Juan de Witt, pueda salir libremente de este calabozo. Además, tengo derecho de llevarme conmigo a mi hermano Cornelio, que sentenciado a destierro perpetuo está obligado a salir del territorio de la república lo más pronto que le sea posible hacerlo.

—¡Juan!... exclamó el bailío; ya sabes que no consentiré jamás en salir de mi prisión.

—Ni tampoco se os dejaría salir aunque quisierais, dijo desde fuera el mismo hombre de antes.

—Pues saldrá, contestó Juan de Witt; al efecto le mandado que haya un coche preparado para llevarse a mi hermano.

—Ese coche no se halla ya en donde vos habéis dispuesto que estuviese, replicó desde fuera la misma voz de las veces anteriores; los traidores, añadió, no se escapan con tanta comodidad.

—Está bien... eso lo veremos después. Ahora abridme la puerta, supuesto que yo estoy en completa libertad.

—Ya sé que no habéis sido juzgado, respondió desde fuera aquel hombre inexorable; sin embargo, a estas horas estáis tan preso como vuestro hermano, y por consiguiente, tampoco saldréis de donde os halláis encerrado.

Al oír esto, los dos hermanos se dirigieron una mirada dolorosa, conociendo que no había ya remedio ninguno para ellos.

Juan de Witt no habló más palabra; volvióse hacia el bailío, y por un movimiento simultáneo los dos hermanos se abrazaron tiernamente.

Mientras pasaba esta escena en el calabozo, iba en aumento la agitación de los sublevados; Van-Beuning anunciaba en alta voz a los amotinados que acababa de ser detenido en las inmediaciones de la cárcel un carruaje conducido a aquel sitio por los agentes de Luis XIV con el objeto de facilitar la evasión de los dos grandes criminales. Veroy y Guillermo Tychelaer continuaban por su parte amotinando al populacho, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alerta, ciudadanos, no os dejéis sorprender!... Ese perro de Cornelio de Witt va a salir de la cárcel acompañado de su hermano Juan: esta vez no hay que dejarlos escapar.

—Sí, sí, gritaba enfurecida la plebe. ¡A las armas!... ¡No hay que dejarlos escapar!...

—¡Cuidad!... añadió otro orador improvisado; es preciso tener en cuenta que esos dos bribones son muy diestros. Con su astucia y con el oro que manejan a manos llenas, son capaces de evadirse antes que la justicia del pueblo haya seguido su curso. ¿Quién sabe si mientras nosotros estamos hablando aquí inútilmente, corren ellos a todo el galope de sus caballos, hallándose ya a estas horas a una distancia respetable de La Haya?... Figuraos cómo se reirían de nosotros si se escapasen así a nuestras barbas, en tanto que estamos aquí reunidos de diez a doce mil hombres armados hasta las uñas y sin otro objeto que el de vigilar y guardar las avenidas de la cárcel.

—¿Y qué hemos de hacer?, preguntó entonces un marinero.

—Una cosa muy sencilla, replicó el orador. Enviar a ver si nuestros dos perros están aún en la perrera del piso alto de esa torre.

—¡Bien dicho! ¡Hurra!... contestó el populacho. ¡Envíenos allá en seguida!...

—¿Y a quién vamos a enviar con esa comisión?

—¡Pardiez!... no hay cosa más sencilla; a dos personas en quienes el pueblo tenga confianza, y que sean además de tal naturaleza, que no asusten la caza con su aspecto.

—¿Y dónde hemos de hallar esos dos sujetos?

—Aquí.

El orador señaló con el dedo a los llamados Bugswacht y Van Os, oficiales de la milicia urbana.

—Ciudadanos oficiales, les dijo al mismo tiempo, el pueblo os confía una noble e importante misión.

—¿De qué se trata?

—De que vayáis ahora mismo a asegurarnos por vuestros propios ojos de que Cornelio y Juan de Witt, esos dos perros que se hallan a la cabeza del partido francés, se hallan aún en su calabozo.

Van Os, que conservaba todavía algunos sentimientos caballerescos, contestó con cierta especie de resentimiento:

—¡Ciudadanos! La misión que queréis confiarnos, se parece mucho a un espionaje y yo no creo tener traza de espía.

—¡Ciudadanos!... contestó el tribuno con tono amenazador, el pueblo no manda jamás nada que no sea noble, y además, nadie se resiste a desempeñar las misiones que él confía, lo que se hace es ejecutarlas sin murmurar.

Van-Os vió entonces treinta o cuarenta picas apuntando a su pecho. Para un hombre dotado de carácter, esto hubiese sido suficiente para que se resistiese a dar cumplimiento a órdenes que se le intimaban de una manera tan brusca; pero para el oficial de la milicia ciudadana, hombre pusilánime como eran todos los de aquella época, aquel argumento fué el más convincente para obligarle a obedecer.

—Sea así, dijo, supuesto que tal es la voluntad del pueblo. Estoy pronto a obedecer lo que me ordena.

Dicho esto, dió el brazo a su compañero, y los dos marcharon hacia la cárcel sin replicar palabra.

—¡Anda!, dijo el orador, entre los Witt y tú no hay gran diferencia. Da gracias a Dios de que tú eres un pescado menudo: por hoy, no nos meteremos sino con los grandes.

(Continuará)

RECETAS CULINARIAS

Lengua de ternera a la roncalesa

Despojada de todos los filamentos membranosos de la parte inferior y bien limpia una lengua de ternera, se la hace cocer en una cacerola con buen caldo del puchero. Se saca cuando está medianamente cocida y sin dejarla completamente enfriar se le quita la piel y se corta en trozos de tamaño regular. Luego se pone en una cacerola con una copa de vino seco y dos cacillos de caldo del puchero, haciéndolo cocer hasta que la salsa se reduzca a la mitad; entonces échese en un plato que pueda soportar la acción del fuego la mitad de esa salsa, rállese encima queso de Roncal, suficiente para cubrirla por completo; colóquese inmediatamente encima los trozos de lengua, regándolos con la otra mitad de la salsa a fin de cubrir el queso rallado. Tuéstese ligeramente el plato así preparado por medio del horno de campaña, o de una cobertera con brasas, sirviéndose inmediatamente de hecha esta última operación.

Cabeza de ternera al vinagrillo

Límpiese con perfección escaldándola con agua hirviendo para quitarle el pelo, y después déjese con agua fría por espacio de veinte horas para que por sí misma suelte toda la broza que tenga. Luego es preciso quitarle los huesos que forman la mandíbula inferior y el extremo del hocico, de manera que no quede más que el cráneo propiamente dicho. Vuélvase a limpiar, enjuáguese y frótese muy bien con un limón. Se hace cocer en un perol o en una cacerola honda, envuelta en un paño limpio, con agua, se sazonará con sal y pimienta, bastante perejil, romero y laurel añadiéndole dos o tres cebollas pequeñas, cuatro zanahorias, un par de chirivías y dos cucharadas o más de harina. Cuando esté cocida la cabeza, se saca y se deja escurrir y en seguida se quitan los huesos del cráneo y se descubren los sesos. Se pone en un plato que se guarnece con un poco de perejil y cebolletas bien picadas. Una vez servida, se sazona con aceite bueno de oliva, vinagre de yema, sal y pimienta.

Tomates rellenos

Se toman tomates, procurando que sean igualitos. Se les quita un poco por el lado del tallo, y con una cucharita se vacía un poco de la carne y las pipas. Se hace un picadillo con jamón y se une a la carne que se sacó de los tomates, añadiendo un poco de pimienta molida. Se rellenan los tomates con esta pasta y se ponen en una cacerola, espolvoreándolos con queso rallado y bañándolos bien con manteca, mitad de cerdo y mitad de vaca. Se cuecen entre dos fuegos suaves, o mejor en el horno si lo hubiere. En estando doraditos pueden servirse.

Tortilla austriaca

Se harán cocer por espacio de un cuarto de hora unas cuantas almendras, y después se pelan, se machacan en un mortero con azúcar y un poquito de canela. Hecho esto, se formará una pasta que se echará en unos huevos previamente batidos. Con ello se hace la tortilla que ha de adquirir un color dorado.

CREMA SAFFO

La mejor CREMA conocida para el cutis

Quita arrugas, cura granos, hermosea y suaviza la piel, comunicándole blancura y diafanidad.

HIGIÉNICA, ANTISÉPTICA Y FINAMENTE PERFUMADA

USANLA LAS SEÑORAS ELEGANTES

VENTA: Perfumerías, Droguerías y Farmacias

INVENTORES: Cortés Hermanos.—Barcelona

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balazs y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
a la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS

PARA EL CUTIS

TERSHOIL producto asiático para quitar arrugas y pliegues de la piel (patas de gallo) ronchas, escamas, cicatrices, granos, rojeces, puntos negros, etc. Jamás perjudica, a pesar de su actividad. Se remite por correo enviando CINCO pesetas por Giro postal al doctor Joly, de Madrid. Pedir prospectos gratis. De la Argentina, han de remitir tres pesos, moneda nacional; del Uruguay, un peso; de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y resto de América, un dollar en billete americano.

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.



LAFUENTE

Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII
POR D. MODESTO LAFUENTE
CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA
CON LA COLABORACIÓN DE
D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN